

 **COLEGIO ESTUDIOS ANALÍTICOS** 

“Reflexiones en torno al mal”

EL MAL DEUDA Y EXISTENCIA

Conferencia a cargo de
Gabriel Levy

Agosto de 2013
Museo de la Memoria de Rosario, Santa Fe.

COLEGIO ESTUDIOS ANALÍTICOS
SECRETARÍA - SEDE
TELÉFONO: (011) 4964-3990
DIRECCIÓN: GORRITI 3677, BUENOS AIRES.
MAIL: info@colegioestudiosanaliticos.com.ar
WEB: www.colegioestudiosanaliticos.com.ar
FACEBOOK: Colegio Estudios Analíticos

✿ COLEGIO ESTUDIOS ANALÍTICOS ✿

Esta actividad fue realizada en el contexto *freudiana* Institución de Psicoanálisis.

A partir del lunes 3 de septiembre de 2018, *freudiana* Institución de Psicoanálisis pasó a funcionar como **Colegio Estudios Analíticos**.

REFLEXIONES EN TORNO AL MAL

Museo de la Memoria de Rosario, agosto de 2013

EL MAL

DEUDA Y EXISTENCIA

Conferencia a cargo de Gabriel Levy

Buenos días, les agradezco a todos su presencia, especialmente y más allá de cualquier formalidad, a Rubén Chababo –Director del *Museo de la Memoria*– y a Rosana Morales por la recepción tan agradable que me han brindado; en nombre de Rubén, a todas las personas del Museo que hicieron posible esta presentación, y en nombre de Rosana, a todos quienes han colaborado y contribuido a la realización de esta reunión.

En verdad estoy muy habituado a hablar en público, pero hoy me encuentro particularmente nervioso, quizás por el contexto o quizás por el tema. Entonces, es conveniente que haga algunas aclaraciones: cuando “los analistas” hablamos en un contexto que no es la secta –es decir, la institución a la que cada uno pertenece– solemos encontrarnos con ciertas dificultades. Puedo mencionar dos de las más frecuentes, una de ellas consiste en el riesgo de caer en la impostura. Esto es, creer que solo por ser analistas podríamos hablar de cualquier cosa. No es mi caso. No se puede hablar de cualquier cosa con cierta autoridad. Por ejemplo, para el tema de hoy, bastaría que acá en el público se encontrara un teólogo más o menos bien formado para darme cuenta de todo eso que no sé. Seguramente, en el caso que me interroguen con precisión, no sabría bien cómo argumentar respecto de algunas cuestiones.

Digo teólogos, porque respecto del tema del mal, la teología es uno de los discursos más centrales, más concernidos. Si ustedes prefieren, también podría ser el caso que estuviera presente un filósofo bien formado en Kant y que si se tratara de discutir –por ejemplo– el tema del mal radical, posiblemente me remitiría a la misma situación que el teólogo. Entonces, digamos: impostura, no; modestia, sí. Es un tema en el que es conveniente tener una posición modesta.

Agregamos a esto cierta inquietud incrementada, fundada, por el tiempo del que dispongo. Referirme a semejante cuestión en cuarenta y cinco minutos, no solo me inquieta, sino que me angustia y compromete todos mis males existenciales, incluso, mi bondad, en última instancia, mi ser. En cuarenta y cinco minutos no hay ninguna manera de desarrollar –por lo menos para mi estilo– alguna cosa. Por eso, generalmente, apelo al recurso de hacer algunas aclaraciones.

Para mí es suficiente, y me considero cumplido, si a partir de mi charla ocurren algunas resonancias, que algo de lo que diga resuene, tenga una resonancia. Porque cada cuestión merece un desarrollo, un desarrollo lógico bien argumentado, que obviamente necesita su tiempo. No se pueden saltar pasos en ningún desarrollo lógico que argumente respecto de tal o cual cuestión. Entonces, esta reunión no es de desarrollo; será suficiente, será lograda, si se produce un efecto de resonancia a partir de lo que diga. Y más que lograda, si pudiera – particularmente en el tiempo de las intervenciones– transmitir, pasarles alguna de las ideas que se pueden desprender del psicoanálisis respecto de la cuestión del mal.

El título que decidí para esta charla se corresponde con un curso que dicté en el año 2011 y que, precisamente, se llamaba *Deuda y Existencia* (pueden disponer de la ficha). En él tomaba como punto de partida una cuestión muy obvia –pero no por obvia, menos inquietante– a partir de una anécdota que Freud relata en relación con un sueño propio. Es un comentario que hace acerca de un viaje que emprende con un amigo, más precisamente, acerca “del reloj taxímetro”. Se trata de una asociación, por parte de Freud, que resulta del análisis de ese sueño.

Uno de los límites que tenemos es que no todos los presentes conocen el relato de ese sueño; confiemos, entonces, en la resonancia que pueda tener mi comentario. A partir de eso desarrollé todo el curso.

El caso es el siguiente: Freud dice que es inquietante que cuando uno se sube a un taxímetro ya debe algo antes de haber comenzado el viaje. Y dice que, al ver la cifra de “sesenta céntimos”, en aquel tiempo, “le recordaba, de continuo, su deuda”, lo que le suscita una serie de comentarios y cuestiones, que justificaron el desarrollo de todo el curso.

Es, ciertamente inquietante, el hecho de que subimos a un taxi como deudores aún sin que el movimiento se haya desarrollado. No sé si alguna vez ustedes se detuvieron en esa cuestión tan cotidiana, que es fenomenal. Se puede producir la emergencia de cierta angustia. Supongamos que haya un embotellamiento de tránsito: la angustia del crecimiento de la cifra, la amenaza implícita de no tener para pagar o cierta sensación de estafa; todo eso está en relación al mal. Lo que pasa es que es imposible desarrollarlo y explicarlo –como les decía–, pero tomé la metáfora del reloj taxímetro como una metáfora equivalente a cualquiera existencia subjetiva. Esto lo dejo tan solo señalado dado que no es lo que pensé para hoy. Digamos que tenemos un punto cero que se corresponde con “los sesenta céntimos” –ustedes ven que todavía no hay movimiento– y a partir del comienzo del viaje, que es donde empieza el movimiento, la cifra va creciendo.



Entonces subimos como deudores, sin haber contraído deuda alguna y sin que tampoco haya sido necesario ningún movimiento, para ya deber algo. Entonces, consideré el movimiento (una vez que se pone en marcha el taxi) como un tiempo subjetivo. Subjetivo quiere decir –considerando la metáfora– un tiempo donde alguien ya habla. Por lo tanto, el tiempo a partir de que alguien habla puede contraer una deuda, pero es ciertamente insensato, que alguien entre a la vida –que la ubicamos en el tiempo anterior al movimiento y si lo tomamos como una metáfora– dado que nadie entra a la vida como sujeto, porque ya saben que todos ni bien nacemos no somos aún sujetos, ¿verdad?, ¿lo saben?, algunos dudan...

Si no dudan, continuamos..., una vez que el golpe del lenguaje nos alcanza, habitamos ahí; nos alienamos en el lenguaje, hablamos y, a partir de ahí, podemos decir que existimos como sujetos. Por lo tanto, llegamos a la vida.

Freud vincula la metáfora del taxi y el sueño con unos versos de Goethe que dicen:

Nos introducís en la vida y dejáis que el desdichado caiga en la culpa
Luego le abandonáis a su dolor,
pues toda culpa se paga sobre la tierra.

¿Quién es el desdichado?, cualquier sujeto.

El término en alemán es *Schuldig*, que a partir de su raíz, remite tanto a falta, culpa y deuda.

Bueno, la cuestión más enorme –un tanto insoportable–, el mal negocio para todos nosotros es el hecho que ni bien nacemos, ni bien llegamos al mundo, ya somos culpables, deudores, estamos en relación a la falta, a una deuda sin haberla contraído, sin haberla pedido, pero está.

Esta es una manera de hablar de un vacío que está en relación al mal. Si bien merece un desarrollo, solamente les adelanto y quiero destacar, la enormidad que comporta el hecho de ser deudores ni bien caemos a este mundo sin haber contraído deuda alguna. Es una deuda no contraída. Por eso, se suele decir, “yo no pedí nacer”, “no le debo nada a nadie”, “preferible no haber nacido”, por ejemplo, lo cual no nos deshace del compromiso que comporta estar en la vida. Aquí radica el secreto del mal –aunque, por supuesto, merece un desarrollo.

Esto es simplemente para decirles en qué me he basado. A partir de un contraejemplo van a entender mejor esta estructura. Ustedes pueden preguntarse, ¿acaso es un buen negocio tener que hacernos cargo de una deuda sin haberla contraído? Por otro lado, es una deuda impagable, ¿verdad? Una deuda anterior a constituirnos como sujetos. No sé si es un buen negocio, pero eso está continuamente presente.

Vamos a continuar... Generalmente apelo a alguna anécdota, en este caso, la siguiente: en la esquina de mi consultorio, en el bar, hay un grupo de... no quiero decir borrachos..., no, no..., es un grupo de gente alegre que está todos los días

—prácticamente viven ahí— con quienes tenemos una amistad, voy constantemente, ya nos conocemos... Entre estos hay uno, Néstor, un abogado que es el único que —les confieso— tiene alguna inquietud intelectual, los otros son simplemente “borrachos”, gente alegre sin inquietudes intelectuales. El tal Néstor me vio con un libro, *La simbólica del mal* —del que no les voy a decir nada porque también es muy difícil resumirlo, extractarlo—, entonces, cuando ese que tiene alguna inquietud intelectual me vio con el libro, me preguntó qué hacía con ese libro; le respondí que tenía que ir a hablar sobre el mal, y entonces, me dijo: “el mal es una boludez”; en qué consiste, le pregunté, y dijo: “El mal es saber bien que vino uno, se mandó una cagada y ahí empieza el mal. Todo estaba bien, vino uno, se mandó una cagada...”
¿Es una síntesis extraordinaria del mito de Adán!, ¿verdad?

Tiene una importancia fundamental en toda esta cuestión —me refiero al mito de Adán. Bueno, no solamente eso, a la noche me trajo un libro de Alain Badiou, que no tuve tiempo de leer y que no conocía, *Ensayo sobre la conciencia del Mal* Se ocupó toda la noche, me trajo unos extractos acerca de “Breviarios de la Ética”. En fin, alguien responsable, se puede decir.

Sí, pero tenemos esa primera anécdota. Quiero decir, estaba el bien, ocurrió que alguien se mandó una cagada y ahí tenemos el mal. Esto está en el centro mismo de muchas cuestiones de las que voy a hablar.

Hay unos versos que cita Freud de un poeta a quien recurría bastante a menudo, Heinrich Heine, que vamos a considerar. Freud decía que en la poesía —y en este caso a partir de una cierta ironía, como verán— se pueden revelar ciertas verdades que a veces están más o menos condenadas; es decir, rechazadas en el sentido de que el mal, por ejemplo, está condenado o, dicho de otro modo, no aceptado. En general, nos pretendemos buenos. Generalmente pretendemos pasar por buenos y rechazamos el mal. Ustedes vieron que ningún criminal hace nada en nombre del mal; para eso está el bien. Se puede hacer el mal en nombre del bien.

Ustedes se pueden preguntar, ¿para qué está el bien? Para que se pueda hacer el mal en su nombre. Pero obviamente nadie diría —ningún criminal— hago el mal en nombre del mal, ¿verdad?

¹ Badiou, A. (1993). *La Ética: Ensayo sobre la conciencia del mal*. Ed. Herder.

Es enorme el testimonio, en el transcurso de la historia, de las barbaridades que se han hecho, de los males cometidos, en nombre del bien. Pero, ¿para qué tenemos el bien? Para que en su nombre se pueda hacer el mal –habida cuenta de cierta condena. La condena indica que nadie va a hacer el mal en nombre del mal.

Retomando, el poeta Heine, dice:

Tengo la disposición más apacible que se pueda imaginar. Mis deseos son: una modesta choza, un techo de paja, una buena cama [cama, no en el sentido sexual], una buena mesa, manteca y leche bien frescas, una ventana con flores, algunos árboles hermosos ante la puerta, y si el buen Dios quiere hacerme completamente feliz, me concederá la alegría de ver colgados de estos árboles a unos seis o siete de mis enemigos. Con el corazón enternecido les perdonaré antes de su muerte todas las iniquidades que me hicieron sufrir en vida. Es cierto: se debe perdonar a los enemigos, pero no antes de su ejecución.²

(Risas)

Otra cita –que solo tiene la función de matizar esta charla– la encuentran en una entrevista a Freud que realiza en el año 26 un periodista estadounidense, George Sylvester Viereck. En una de las preguntas, que está motivada por alguna de las cosas que se saben respecto del psicoanálisis, Viereck le dice: “No nos volvemos más alegres descubriendo que todos abrigamos al criminal o al animal” –que se deduce de muchas de las postulaciones de Freud. Freud le responde: “¿Qué objeción tiene contra los animales? Yo prefiero la compañía de los animales a la compañía humana”. Y Viereck pregunta por qué; Freud, continúa: “El salvaje, como el animal, es cruel, pero no tiene la maldad del hombre civilizado. La maldad es la venganza del hombre para con la sociedad, por las restricciones que ésta impone (...) más agradables son las emociones simples y directas de un perro, cuando mueve la cola o ladra expresando su displacer...”

² Heine, H. *Gedanken und Einfälle. (Pensamientos y ocurrencias)*. Sección I. Citado por Freud en *El malestar en la Cultura*, cap.5. Argentina: Ed. Ballesteros.

No es un dato menor que esta entrevista se la presenta bajo el nombre de “El valor de la vida”. Bueno, no importa... sí, que dice: “hombre civilizado”. A ninguna especie por fuera de lo humano –de lo humano me refiero a cualquier ser hablante– podemos atribuirle maldad; a un animal no se le puede atribuir maldad.

Entonces, primera cuestión: el mal es cosa del hombre civilizado. Pero “civilizado”, ¿qué significa? Por fuera de un estado natural. Entonces, donde suponemos cualquier dimensión histórica de lo que es el hombre – por fuera del estado natural – podemos decir que es ahí donde vamos a ubicar el mal. Primera cuestión, entonces: no hay nada del mal por fuera de lo humano.

Por otro lado, cuando se dice “el mal”, en tanto sustantivo, se puede considerar “el mal” con minúscula y “el mal” con mayúscula. Cuando digo “el Mal” con mayúscula, quiero decir, como una totalidad, abstracta, irrealizable, dado que si efectivamente un acto de uno pudiera realizar el Mal con mayúscula, no tendríamos más Mal, ¿me siguen? Si fuera realizable como tal, podría desaparecer el Mal de la tierra. Efectivamente, todo testimonia que lejos de desaparecer, tenemos sobradas muestras que cada vez se incrementa más. Entonces, “el Mal” con mayúscula, es una manera de referirse a una dimensión real del mal. Cuando digo real, quiero decir que no se puede realizar absolutamente; es el mal genéricamente hablando. Hace al todo, a la idea de un ser del mal, más bien ontológica e irrealizable, porque ningún acto que comporte un mal, el ejercicio de una maldad, podría realizar el mal como absoluto. Podríamos decir, siguiendo un trabajo de Eduardo Grüner titulado *El Mal es no todo*, es decir, no absoluto; literalmente hablando, efectivamente es así.

Entonces, me voy a referir particularmente al mal con minúscula. Esto es importante: el mal no es del orden del ser, es del orden del hacer; quiero decir, concierne al obrar humano. Está en el corazón mismo del obrar humano; por eso podemos decir que nada más humano que el mal. Cuando digo humano –y me refiero al mal con minúscula- quiero decir que el mal es subjetivo, concierne a la existencia subjetiva y no al ser. Esto es muy importante. Entonces, el mal no es del orden del ser, sino del orden del hacer.

En ese esquema que ustedes tienen, si el mal concierne a una existencia subjetiva y no concierne al ser, ya sabemos dónde lo podemos ubicar; ¿y a qué llamamos ser?

A lo que queda detrás del momento en el que podemos considerar una existencia subjetiva, el punto cero del viaje.

Cuando digo “el mal” es un término del lenguaje. Hay algunos términos del lenguaje que han engendrado una serie de producciones simbólicas impresionantes. Por ejemplo, el amor, la muerte, y el mal es uno de ellos. Es un término de la lengua, del lenguaje y es, quizás, uno de los que más producciones imaginarias y simbólicas ha despertado. Cuando digo “el mal”, digo, es la cosa de la que vamos a hablar; quiero decir, de acuerdo al discurso del que se trate hay distintos nombres del mal, de esa cosa. Por ejemplo, para el psicoanálisis el nombre del mal es el goce. Digo goce y digo mal, es lo mismo. Lo que llamamos mal es la cosa de la que vamos a hablar y, lo que podríamos considerar nombres del mal, dependen del contexto y del discurso en el que el mal se enrole. Pecado es un nombre del mal; la mancilla es un nombre del mal; la culpabilidad es un nombre del mal. Son nombres del mal. El mal puedo traducirlo perfectamente o sustituirlo por un término que en el psicoanálisis se llama goce.

Es debido hacer una aclaración: sumado a la impostura, la falta de modestia de la que les hablaba al principio, le agregamos el esoterismo. Ustedes vieron que es un fenómeno constatable, va a hablar un analista a cualquier lugar –por fuera de la parroquia– y el auditorio está prevenido. Hay prevenciones, siempre hay prevenciones del auditorio: hablan oscuro, no explican...Estoy haciendo un esfuerzo tremendo por hacerlo exotérico. Quiero decir, transmitir al auditorio que no necesariamente está dentro del esoterismo. No crean que dentro del esoterismo psicoanalítico y de los psicoanalistas se entiende algo. No, tampoco se entiende. Pero constituyen “un nosotros”, donde nosotros no nos entendemos, pero somos nosotros. ¿Y el que está afuera? No, el que está afuera no puede entender, así que ni nos preocupamos por explicar nada, y así está el psicoanálisis...

El mal es la cosa de la que vamos a hablar –más allá de los nombres que dependen del discurso donde eso se desarrolle– vamos a decir, el mal es la cosa de la que se trata hoy, cuando hablamos. Y en torno de esta cosa, uno podría decir qué es esa cosa llamada mal; esa cosa, ¿es una sustancia? , ¿es un ser?

A lo que llamamos mal –el mal– lo vamos a ubicar preponderantemente en una dimensión real. ¿Qué quiere decir real? Que es imposible de realizarlo absolutamente; que ese término y sus sucedáneos tienen efectos reales. El ejercicio del mal se lleva los cuerpos, está la muerte, etc. Es un término asociado a efectos que son bien reales y la imposibilidad de realizarlo absolutamente, eso también es real. Quiero decir, no es imaginario ni simbólico.

Por otro lado, también respecto del mal tenemos una dimensión imaginaria. Quiero decir, hay determinadas imágenes que llamamos “imágenes del mal”. Las imágenes del mal tienen una particularidad que por alguna razón nos fascinan, de otro modo, no estaríamos, en fin..., no se gozaría y no habría un goce social de ciertos efectos del mal. No se entendería por qué el horror que pueden provocarnos algunas imágenes del mal nos captura, no es otra cosa que la represión de la seducción que nos produce. Vamos a decir así: a mayor horror, mayor rechazo. Alguien muy seducido por las imágenes del mal –considerando que las imágenes del mal tienen mucha pregnancia respecto de la identificación y, además, como en general pretendemos pasar por buenos– respecto de las imágenes del mal, solemos identificarnos con la víctima. La víctima es una figura del mal. Llamamos víctima a la figura sobre la que recae el mal sufrido.

Tenemos el mal como “mal cometido” y como “mal sufrido” y es indisoluble el sufrimiento con relación al ejercicio del mal. Cualquier cuestión del mal es indisoluble de una idea respecto del sufrimiento. A la figura que se corresponde con quien es objeto del mal cometido, lo llamamos víctima y, a quien comete el mal, ¿cómo lo llamamos? Malvado.

Tenemos una serie de figuras del mal a través del desarrollo de la historia: una es la del malvado, otra es la del justo, y de allí, se pasa al tribunal, en el momento en el que el derecho se apropia del mal.

Volviendo, el imaginario del mal se corresponde con un espejo, con una cierta especularidad: el mal es especular con el bien, siempre funciona en espejo con el bien; “no hay mal que por bien no venga...”, es indisoluble del bien.

Hay un chiste en que el personaje de un texto de Thomas Mann, que se llama Doctor Fausto, duda en dejarse seducir por el diablo –siempre los que dudan en dejarse seducir por el diablo es en función del bien, de motivos éticos, ¿no?– , en

este caso, del bien divino. El demonio, muerto de risa, le explica que Dios es un invento suyo, que no se preocupe, que lo inventó porque necesitaba un oponente –le dice el diablo al personaje. Ustedes ven que es una manera de entamar un poco esta cuestión de la especularidad entre el bien y el mal. El mal va a estar siempre en relación a un otro especular: si hablamos del demonio, no hay nada demoníaco por fuera de alguna figura de Dios o cualquier otro. Si efectivamente, el mal no se presentara en especularidad con el bien, no sería inteligible en absoluto. Hay un punto de ininteligibilidad del mal, pero sería por completo ininteligible sino estuviera vinculado a esa especularidad con el bien.

Hay toda una serie de paradojas de las cuales muchos autores se ocupan: si se trata de estudiar el mal en la historia del bien, si hay una historia del mal...yo diría que el mal entra dentro de la historia del bien y, de ese modo, se organiza esa especularidad. Vamos a ver por qué: no se podría volver inteligible ninguna cuestión respecto de la condena, o del intento –digamos- de anular el mal, sino en función de transformarlo en bien. Un intento que va a fracasar. No hay manera de eliminar el mal.

Después tenemos una dimensión simbólica, doble: en principio, hay nombres del mal. El mal lo vinculamos a ciertos nombres. Voy a tomar uno de esos nombres del mal, que aparece en uno de mis autores predilectos para el caso, Paul Ricoeur. Paul Ricoeur es uno de los que se ha ocupado con mayor dedicación de la cuestión del mal; no porque haya hablado directamente del mal, sino porque ha desarrollado una serie de cuestiones sobre el mal con una precisión verdaderamente notable.

Entonces, como decía, voy a tomar algunos nombres del mal. Uno importantísimo es el pecado. El pecado que no es sino un nombre de la falta, la falta como pecado. Cuando les hablaba del ejemplo de Freud, aún antes de la existencia subjetiva, tenemos la dimensión de una falta que no es una falta cometida. Ni bien nos arrojan a la vida –y aún no tenemos sujeto- tenemos una falta. Entonces, tenemos “la falta” y “las faltas”, las faltas cometidas. Cualquier ejercicio social del mal se corresponde a una falta cometida, traducimos delito ¿Qué es delito? Una falta, una falta cometida. Una contravención a cualquier ley, ¿qué es? Una falta.

Entonces está “la falta” y “las faltas”. Del mismo modo que tenemos una dimensión objetiva y subjetiva de lo que es la pena: está la pena como castigo y el penar, y a ambas, las llamamos pena.

Voy a tomar algunos nombres del mal: el pecado, la falta, la mancha y la culpabilidad; pero podemos agregar otros nombres del mal: el crimen, el delito, etc.

Hoy prácticamente podríamos decir que cualquier autor medianamente aceptable, más que preguntarse qué es el mal, se pregunta de dónde viene el mal.

Vamos a precisar de dónde viene el hecho que hagamos el mal. Es decir, estaba el bien, uno se mandó una cagada y ya tenemos el mal; pero ¿de dónde viene eso?

Por la definición que les di –cuando indicaba que si el mal no es del ser sino que es del hacer– entonces, definamos bien la pregunta: ¿de dónde viene el hecho que hagamos el mal? La pregunta siempre remite al origen del mal.

En el lugar de la respuesta acerca del origen del mal, ¿qué tenemos simbólicamente?, ¿qué tenemos a nivel de lo simbólico en el lugar de la falta de respuesta acerca del origen del mal? El mito. Entre otras cosas –para decirlo exotéricamente–, es un invento. Un invento que, generalmente o en muchos casos, es una respuesta simbólica a lo que no tiene respuesta desde el punto de vista del origen. ¿Cuál es el mito por antonomasia vinculado simbólicamente a lo que es el origen del mal?

· Participante: –el mito de Adán y Eva

· G.L.: –Bien, ¿vieron como saben todos? El mito de Adán...

· Participante: –Usted lo dijo...

· G.L.: –Ah, ¿yo lo dije?

· (Risas)

El mito de Adán es el mito más importante dentro de lo que podríamos llamar la simbólica del mal. Dentro de lo simbólico, tenemos los nombres del mal y el mito que responde a la pregunta acerca del origen o, mejor dicho, en el lugar de la respuesta tenemos el mito; en este caso, el mito del Génesis.

El mito indica que la cuestión no es histórica, es fenomenológica. Es un mito tremendamente económico. Veamos por qué...Es un mito extraordinariamente económico: de un solo golpe (Golpea el micrófono)...ahí está, de un solo golpe... (Risas) y, en un tiempo que es el instante de la caída, se resuelven un montón de cuestiones de las que vamos a charlar.

Dentro de esa historia tenemos dimensiones: una es la mancha, ¿qué es la mancha?, ¿qué quiere decir mancha?, ¿con que tiene que ver?

· Participante: –de la mancha...

· G.L.: –Eso cualquier tintorero lo sabe...mancilla viene de mancha. Entonces, tenemos tiempos fenomenológicos: el tiempo de la mancha, el tiempo del pecado y el tiempo de la culpabilidad. Todo esto son nombres vinculados a la historia del mal.³

Apolo no solamente era el dios que lava respecto de la mancha, sino también el que dice la verdad. ¿Qué quiero decir con esto? No solamente es el que lava sino el que dice la verdad; por eso, la sinceridad es una idea acerca de una purificación simbólica. Ustedes saben, que todo aquel que se pretende transparente y sincero, puede bien cometer en esa sinceridad el mal más tremendo. Es lo que llaman el “sincericidio”, ejercer el mal con la verdad. Por ejemplo, “te tengo que decir que no solamente estuve con otra, sino que tuve catorce hijos más con dieciséis mujeres”. Lo que quiero decir, es que la mancha tiene mucho que ver con la cuestión de la verdad, el lavado, etc.

La mancha es el esquema primero del mal. Hay una comedia –no sé si ustedes la vieron– que se llama *El Nombre*. Quien la vio, que levante la mano... Bueno, toda la comedia –yo la vi en el teatro y después vi la película, me parece que está mejor la del teatro, está muy lograda– consiste en una reunión familiar en la que todos terminan diciéndose las verdades más crueles. Pero toda la comedia empieza en el momento en el que un hermano, con el propósito de provocar a los otros y para hinchar las pelotas, informa que la mujer está embarazada y le van a poner Adolf al hijo que van a tener. El cuñado –un señor de izquierda– responde a la provocación y dice: “¡Cómo!, ¿Adolf? Ustedes ven bien, como la resistencia que se genera es a propósito de un nombre que está manchado, está manchado de mal. Hay una mancha que pesa sobre el nombre, que no se ha lavado aún. Este ejemplo es para darles alguna idea de la mancha. Entonces, la mancha, el pecado y la culpabilidad son instancias de la falta.

Ahora bien, ¿por qué el mito de Adán es un mito económico? ¿Quién es Adán?

· Participantes: (inaudible)

³ Ricoeur, P. (2004). *Finitud y culpabilidad*. España: Editorial Trotta.

· G.L.: –Sí, pero Adán somos todos nosotros. Es un mito prehistórico que tiene la función de hacer entrar el mal en la historia en una lógica –y esto es lo que quiero transmitirles– que luego se va a reproducir en lo que es el desarrollo de cualquier sujeto. ¿Cuál es esa lógica? San Pablo es quien dice que es un mito económico, que reduce la relación al mal a un solo hombre, Adán, y a un solo acto, ¿cuál es el acto?

· Participante: –Comerse la manzana...

· G.L.: –Sí, pero en realidad, es comer del árbol del mal. Reduce a un solo hombre, a un solo acto y a un solo instante –que es el de la caída– nuestra condición humana. Ciertamente, más económico que eso... Por eso se llama un mito reduccionista, que siendo prehistórico, hace entrar el mal en la historia. No hay nada que decir, simplemente, ocurrió. Se mandó la cagada, estaba el bien se mandó la cagada, ocurrió. No hay nada que decir. Tomó del fruto, comió de él. Entonces, la única función que tiene el mito es poder contarlo, pero no podemos saber por qué ocurrió la cuestión.

Entonces el mito: a partir de ese acto va a constituir un tiempo de inocencia, pero en una lógica que indica, no que estaba la inocencia y vino el acto, sino que el acto es el que va a significar lo que queda detrás como un tiempo de inocencia, un tiempo paradisiaco. Tenemos un tiempo resignificado como inocencia entre comillas.

Si volvemos al ejemplo de Freud, el ejemplo indica que ni bien somos arrojados al mundo, ya el desdichado es deudor y culpable. Entonces, no hay ninguna inocencia.

Aún sin haber contraído ninguna deuda y a partir del hecho mismo de entrar en la vida, aún sin ser sujeto. Esto, como dicen ahora, es *grosso*...no me digan...

¿Qué negocio es? Toda la vida de cualquier persona, de cualquier sujeto, consiste en el problema que indica que no se puede rechazar del todo una deuda no contraída: el compromiso con la vida. Ni se la puede aceptar del todo, tampoco, y ahí tenemos el terreno ético del obrar bien o mal de todo sujeto.

Ustedes saben que todo los días nos levantamos y estamos sometidos a ciertas pruebas éticas, que Dios lleva la cuenta de cada uno y sabe bien, porque nadie puede esconderse de la mirada de Dios, es el único que puede medir el obrar todos los días. Es posible, que cotidianamente y desde la perspectiva del deseo, nosotros

en un día podamos matar una cantidad de gente. A mí me ocurre –no sé a ustedes– todos los días nos vemos enfrentados a problemas éticos muy sutiles.

En el transcurso de la interpretación que Freud hace de ese sueño, menciona las obligaciones de los padres para con los hijos. ¿Ustedes saben de dónde vienen las obligaciones de los padres para con los hijos? De la relación a esta deuda inicial. Esta es la deuda de los padres, por eso se obligan para con los hijos. Aunque no todos, depende del grado de rechazo o aceptación de esa deuda.

Volviendo, decíamos remata un tiempo de inocencia, pone término a la inocencia. Entonces respecto del mal, del mal que somos entre comillas –vamos a decirlo más precisamente– del mal que nos habita como sujetos, toda inocencia está perdida, toda inocencia es pretendida. ¿Me siguen la lógica? Porque si decimos que Adán es cada uno de nosotros y que la lógica del mito primero del origen del mal –lo que va al lugar del origen del mal– eso se va a reproducir en cualquier sujeto, en lo que es la constitución subjetiva de cualquiera, entonces, nadie podría atribuirse más inocencia porque está perdida inexorablemente. Igual uno puede pretender pasar por bueno, virtuoso, etc. Pero quiero decir, somos culpables por estructura.

Esto hay que desarrollarlo. Hay muchas dimensiones de la culpabilidad en psicoanálisis. Entonces, el hecho de que el hombre fue creado bueno (entre comillas) y se volvió malvado, va a invadir de allí todos los registros de la vida humana. Tenemos la mancha y otra dimensión es el pecado.

Esto es fundamental: el pecado que comporta el lamento. Hay una cuestión implícita en cualquier lamento –cualquier lamento aunque no lo invoquemos a Dios y no nos lamentemos frente a Dios– va a tener implícita la pregunta acerca de “qué pecado cometí” o “por qué yo”.

Me toca esto –lo que fuere– haber sufrido como víctima una catástrofe, cuestiones de la inclemencia de la naturaleza o la criminalidad de otro hombre, siempre va a estar presente la pregunta de “por qué yo”. Y, en “el por qué yo”, está presente esto del pecado; es lo mismo que decir “¿qué pecado cometí?”. ¿Por qué se dice “¿qué pecado cometí?” Por la vinculación con la falta, porque sino hubiera vinculación entre el pecado y la falta, no se podría, no tendría razón de ser dicho enunciado.

Las faltas son cometidas o padecidas. O la maldad –si ustedes quieren– es sufrida o cometida; el criminal o la víctima. El pecado no sucede a la inocencia, sino que en el instante que se corresponde en el mito con la caída –en la tentación, para el caso de Adán– en el mismo instante de la caída (por eso es económica) va a constituir a la inocencia como perdida. Es una lógica inexorable: la caída es el instante que va a establecer el mal en el hombre; de ahí, la vergüenza, la pena de ser hombre, lo que sea.

¿Qué dicen los versos de Goethe? “Arrojáis al desdichado en la vida y dejáis que caiga en la culpa, lo abandonáis a su dolor, todo dolor se paga sobre la tierra”

No dispongo hoy del tiempo para desarrollarlo, pero es suficiente con que les resuene caída. La cuestión de la estructuración subjetiva va a reproducir algo, que aparentemente le pertenece al terreno de la religión, y no es así. Pertenece a la historia del mal en la vinculación del mal con la falta.

¿Dónde nosotros nos anoticiamos de la existencia del mal? En la existencia misma del derecho. El derecho, como tal, atestigua de la existencia del mal, de la pérdida y la inocencia. ¿Ustedes saben de dónde viene inocencia? No digo “Inocencia”, que puede ser una mucama de campo... (Risas). Digamos la inocencia, sí, ¿de dónde viene? Inocencia viene de fianza. Quiero decir, si imaginamos una inocencia ideal -- que no existe- sería una inocencia que se fía completamente en los otros. Una inocencia que se fía de los otros, es la inocencia ideal.

Fiar, en el sentido de que se presta fe, que se confía y de ahí viene la buena fe. ¿Y un nombre del mal cuál es? La mala fe. Lacan dice –esto es lo único que me permito gustosamente... (risas) un psicoanalista que no diga “Lacan dice”, hoy sería una antigüedad– Lacan dice que para el analista no hay mayor error que el de la buena fe. Quiere decir, desconocer la existencia del mal. Esto no quiere decir que obre con mala fe, pero no hay más error que el de la buena fe. Por ejemplo, la buena fe podría llevar al hecho de considerar que el que habla es inocente y, por lo tanto, podría llevar a orientarse, por ejemplo, a culparlo o disculpar a alguien en el sentido de que no acepte su criminalidad. No les aconsejo que pasen por buenos, es lo único que les digo. Lacan dice, también, “cuanto peores, mejores”.

Entonces, decíamos, la prueba de la existencia del mal es el derecho mismo. El derecho existe porque no existe fianza en el sentido de confianza, porque ¿cuál es

la base del derecho? Que no se confía en nada, que no se confía jamás en nada; mucho más allá de fiarse, se toman precauciones, garantías, etc. El derecho es paranoico, ¿no?

Pero lo que demuestra la existencia del derecho es la existencia del mal. Por ejemplo, el perjuicio “lo que el hombre le hace al hombre”, es un axioma del derecho. No es algo a demostrar, se parte de ahí. Si no estuviera el axioma, para qué tenemos el derecho. El derecho es lo que permite que no nos matemos del todo, probablemente. Es decir, hay que confiar en el derecho –no en la justicia, porque se superponen; se dice “acudir a la justicia” y no, al derecho. Yo confío apenas un poco en el derecho, no en la justicia, no creo para nada en eso.

Entonces, no se desconfía solo de los otros, más bien, se desconfía de los otros tanto como de nosotros mismos.

El derecho mismo, la existencia del derecho, implica la existencia del mal, en el sentido que la desconfianza se funda en la existencia del mal. Se desconfía del hombre como tal, de la esencia misma del hombre como maldad. Sino no hay derecho o, traducido, esa desconfianza se funda en una falta de inocencia.⁴

Tenemos el tiempo del pecado y hay un tiempo que es el de la culpabilidad, que es un tiempo fundamental. Se pasa del pecado a la culpabilidad. Es un momento muy importante: no es lo mismo la culpa que la culpabilidad. Nosotros ya nos encontramos actualmente con un sujeto de una culpabilidad interiorizada. Quiero decir, nos encontramos con un hombre como culpable. No fue siempre así, no siempre en la historia estaba la culpabilidad interiorizada; por eso se considera al pecado como el momento ontológico de la culpa. El momento del pecado es ontológico porque hay un ser culpable sin vinculación necesariamente a una culpa subjetiva.

¿Cómo se dice? “Padre nuestro que estás en los cielos, ruega por nosotros pecadores”; sin embargo, nadie peca “como nosotros”, peca cada uno. Pero a nivel del pecado y ante Dios, es ruega por nosotros. El nosotros, ¿qué función tiene, esa dimensión de la religión? Domesticar, de tal manera que “en el nosotros” se limpia cualquier dimensión subjetiva de la culpabilidad. Por lo tanto, si me confieso o no me

⁴ Cotta, S. (1970). *El mito de la Pena*. Editorial Monte Ávila.

confieso, es “como nosotros pecadores”. Entonces, el pecado comporta todavía una situación del hombre ante Dios: “Padre Nuestro que estás en los cielos”, pero no hay ejercicio del mal de más de uno. Es cada vez, cada uno y así infinitamente... porque no se termina de realizar absolutamente el mal con mayúscula, ¿me siguen? Es cada vez y cada uno.

El espíritu de la cuestión nos joroba lo suficiente, estamos todos cautivos del mal, no nos podemos liberarnos de eso. Cautivos –lo digo con toda intención– porque una de las cuestiones en la historia del mal es el *siervo arbitrio*, ¿saben qué es?

Siervo arbitrio es el que está cautivo. Bueno, dejémoslo así... El pecado es el momento ontológico y la culpabilidad –eso es lo que me interesa– como momento subjetivo.

· Participante: –Perdón, ¿cautivo porque no tiene opción?, ¿cautivo cómo?

· G.L.: –Cautivo, en el sentido que no tiene opción; cautivo, en el sentido de que está atrapado, no tiene manera de deshacerse. El pecado es el momento ontológico – para abreviar y no tomarme tanto tiempo– y la culpabilidad, el tiempo subjetivo de la culpa. Esto es lo que me interesa: la culpabilidad subjetiva es el momento en el que cada uno va a cargar con un peso, que es el peso de la culpabilidad. Por eso, se dice por ejemplo: “cada uno lleva su cruz”, “la mochila que llevamos”, “el karma”, etc. Es el peso de la carga de la culpa, es subjetivo.

Esta es una secuencia muy importante: culpable significa hacerse sujeto de algún castigo –que es estructural. De ahí viene una cuestión esencial –que comentaba con Rubén–, la vinculación entre el mal y la responsabilidad.

El psicoanálisis dice, por ejemplo si tomamos los sueños inmorales, que somos responsables aun de nuestros sueños inmorales. El psicoanálisis va a extender el sentido de la responsabilidad no solamente a la conciencia, sino al inconsciente. Es otra cosa inaceptable, ¿cómo yo me voy a hacer cargo de una responsabilidad por un sueño del cual no soy agente? Yo no soy el soñador y, sin embargo..., ustedes ven que hay algo raro... Son todos malos negocios: tener que hacerme cargo de una responsabilidad moral por una inmoralidad que aparece en los sueños siendo que yo no sueño a voluntad. Es la extensión de la cuestión de la responsabilidad moral al inconsciente, que es uno de los movimientos primeros que hace el psicoanálisis éticamente. Es decir, extender el campo de la responsabilidad al inconsciente. Por

eso, la responsabilidad moral por el contenido de los sueños, que por fuera del psicoanálisis, la responsabilidad va a considerarse estrictamente circunscripta a la conciencia.

¿Ustedes saben de dónde viene “responsabilidad”? Claro, viene de responder, de *Esponsore*, que tiene que ver con los esposos. No les voy a decir; vayan a estudiar; agarren un diccionario etimológico. Viene de *sponsor*, de ahí viene respuesta. “Responder” tiene que ver, estrictamente, con responder. Por eso, la responsabilidad es aquel que responde, en el caso social, por sus actos.

En psicoanálisis tenemos una hipótesis que dice que determinados actos modifican al sujeto. Tomemos por ejemplo el caso Barreda, ¿conocen a Barreda? El famoso dentista. Ni bien escucha la palabra “conchita”, como una manera de referirse a él, agarra una escopeta mata a la mujer, a la suegra y a tres hijas, ¿no? Hay que tener ese coraje o ¿no? Porque nosotros tenemos un deseo medio tibio. Este fue y lo hizo. Hay que tener el coraje para hacer eso, ¿sí o no?

Ahora bien, Barreda, después del acto, ¿es Barreda? Porque si decimos que hay una hipótesis que dice que el acto modifica el sujeto, ¿quién es Barreda? Por eso, no hay que preocuparse tanto cuando Barreda sale de la cárcel, si va matar a la señora con la que vive o no, porque no sabemos si es Barreda.

El psicoanálisis se ocupa de la cuestión subjetiva y –como a veces no tenemos muchas oportunidades de investigar un poquito, analizar la subjetividad de un criminal– entonces, no podemos decir mucho, pero sí sabemos, por cuestiones lógicas y de estructura de cualquier sujeto, que el acto modifica al sujeto. Entonces, yo no sé si el Barreda que entra es el mismo que sale.

¿Ustedes saben cuál es el ejemplo del acto? “La suerte está echada”, Julio César. ¿Conocen la historia? Lean a Tito Livio. (Todas las lecturas de Tito Livio son dieciséis tomos –es pesada). Muestra por qué lo de Julio César fue un acto, aunque no consistía más que cruzar un charquito de mierda. Cruza el Rubicón y cambia la historia de Roma. Sí, y de ahí, Julio César es Julio César. Se podría decir, que es el caso invertido: Julio César no entra como Julio César, sino que es un sujeto que se va a constituir en Julio César una vez que pasa el Rubicón. No sé por qué estoy hablando de estas cosas, no es la cuestión.

Estamos en el momento subjetivo de la culpa, llevar el peso de una carga, de ahí, viene la posibilidad de la imputación. Toda imputación es personal. Respecto del mal de cada uno, no hay imputación colectiva. Cualquier juicio –aun los juicios vinculados a genocidios– siempre es cada uno. No hay imputación colectiva, de modo que, la culpa es la carga subjetiva del pecado como falta, y la culpabilidad culminada es la interiorización del pecado. Por eso, todo sujeto es tanto acusado como tribunal. Esto es algo que concierne al psicoanálisis, no necesitamos de ningún tribunal, todos nos acusamos de algo. Somos tanto acusado como tribunal. Pero no un tribunal externo al sujeto. De ahí viene un concepto importante, que es el de superyó.

Pero no caigamos en esoterismo. Con esto voy terminando, me queda esta hojita nada más y pido disculpas por haberme tomado tanto tiempo. Son cuestiones difíciles de sintetizar.

La culpabilidad tiene grados; de ahí viene la gravedad de las penas. El pecado, no. El pecado es o no es. La culpabilidad tiene grados: no es lo mismo tirar a alguien de un avión al mar que robar un caramelo en un kiosco. Desde el punto de vista de los grados, tenemos grados de imputación. Pero podríamos decir que ambos, en su proporción, son ejercicios del obrar mal. El obrar mal siempre es considerado de acuerdo con la concepción moral en cada época y en cada contexto. Se puede decir que si un niño roba un caramelo, porque es lo único que está a su alcance, porque hace diez días que no come, entonces, a lo mejor es un bien, no lo sé... Pero lo que quiero decir, es que hay una proporción, una gravedad y una gravedad tiene que ver con la imputación. Y no hay imputación si no tenemos esta culpabilidad que es el momento de la culminación de la falta interiorizada. Por eso, el yo es un invento, un invento que permite imputar.

Tenemos la acusación y el tribunal, de lo que el psicoanálisis tiene mucho que decir. La culpabilidad se define como un juicio de imputación personal de cada uno; por eso, la culpabilidad en relación con la historia del mal, es un acto que toda constitución subjetiva, todo individuo, no puede no comenzar nuevamente: “nos arrojáis en la vida y dejáis que el desdichado –que somos todos– caiga en la culpa...”

Lo importante: esta figura jurídica del tribunal está en la conciencia de cada uno, con la estafalaria idea de que somos responsables, aun, de lo que no somos conscientes. Es estafalario. Confiaría más en alguien que se viene a analizar y dice, “no acepto en absoluto esto”, que en aquel que viene –que ya conoce al psicoanálisis y está identificado al buen analizante, al buen paciente... hay agentes psi por todos lados...– y dice: “Sí, sí, muy bien. Sí, claro, yo soy responsable por esto por lo otro”. Si se presenta así, dudaría. Tiene que haber una resistencia a una idea tan estafalaria, ¿cómo me voy a hacer responsable del inconsciente si yo no soy agente de eso!? Es estafalario, no hay que aceptarlo así nomás. Confiaría más en aquel que llega a aceptar eso después de cierta resistencia, que en ese que comienza aceptándolo y termina no aceptándolo...

Por eso, ¿por qué cosa se define un análisis? Se trata de que entra uno y sale otro; que el que salió es otro del que entró. Eso quiere decir que ha ocurrido en ese transcurso algo del orden de un acto. Ese acto no es sin lo que se llama el analista. El acto es lo que permite que entre uno y salga otro. El que sale no se puede reconocer respecto del que entró. El análisis no es un ejercicio profesional, no se puede analizar como profesional, tiene que ver con el acto y el acto no se corresponde a profesión ninguna. Quiero decir, a nada que esté establecido como un modelo de lo que se debe hacer. Bueno, me di el gusto de meter algo de... (Risas)

No hay manera de ponerse en relación a la culpabilidad si alguien no dice “yo”, ya sea que lo afecte o no. Una vez que se enfatiza el yo, se olvidó por completo el “ante ti”, “ante Dios”, que es la situación del pecador, “del nosotros pecadores” que hay un montón, tres millones en las playas de Copacabana; podrían estar bañándose, haciendo el amor, tres millones escuchando al Papa para que les diga, “Vayan evangelicen, hagan la caridad, amen al prójimo. Es curioso, ¿no? Quiero decir, que no hay cosa política de mayor potencia. Ustedes saben que Lacan decía que el psicoanálisis fracasará si la religión triunfa. Está triunfando la religión: tres millones...yo nunca en una charla sobre el mal voy a juntar a tres millones en las playas de Copacabana...(Risas) y no porque se trate de mí, ¡¡no!!

Retomo, una vez que se enfatiza el yo, se olvida “el ante Dios”, no se lo necesita más, se rompe con el nosotros del pecado y aparece una cuestión muy importante, que es la salvación, la esperanza. ¿Vieron que se habla de salvarse? Si el pecado es personal, en el sentido de la culpabilidad interiorizada, la salvación también lo es. Y la salvación viene con la ruptura con el pecado cuando aparece la culpabilidad. Tienen el ejemplo este del caso muy desgraciado de la explosión aquí en Rosario. Hay que escuchar los discursos del plomero y el ayudante del plomero en los que está presente completamente la salvación de uno –porque ustedes vieron que ahí no importa como fue, no podemos saber la verdad de los hechos–, pero si escuchamos bien, se puede ver que hay una opción ética: como por ejemplo la de inmolarsse, siempre está presente esta cuestión. De inmolarsse el sujeto –tendría toda una función esa cuestión– tendríamos un héroe sin sujeto. Un héroe sin sujeto porque no habría quien pueda decirnos nada de esto. Entonces, si no nos pueden decir nada de esto, no sabremos, nunca podremos saber, si el hecho de haberse quedado ahí es un acto o es un débil mental que se quedo por...no lo podemos saber... porque no tenemos sujeto, pero lo que si sabemos es que está presente en toda la relación a la verdad que la cuestión mantiene, la cuestión de verse enfrentado a una situación ética que incluye el salvarse y el salvarse de cada uno.

O la esperanza –de lo que estoy hablando fundamentalmente es de esto del uno, uno por uno, la subjetividad– de allí que la salvación es individual, por eso, en el capitalismo es frecuente escuchar, “se trata de salvarse”, “estoy salvado”, etc. Creo que es en una película, *Escape en tren*, en la que hay una escena donde los protagonistas están por estrellarse y uno dice: “vamos a morir juntos” y el otro, le responde: “cada uno muere solo”. Esto es lo que quiero destacar y con esto termino: solo el uno por uno, de cada uno de los males son actuados, no es genérico el ejercicio del obrar mal. Quiero decir, el cada uno, cada vez, no se trata de ninguna totalidad maléfica, sino cada uno, cada vez, enfrentado a algo y hay grados de la cuestión.

Para terminar, voy a leerles algo que aparece en un trabajo de Eduardo Grüner y que me gustó mucho: “El mal – dice – no está en ninguna otra parte que en sus efectos”. Es decir, desestima cualquier consideración del mal en términos de una sustancia o un ser. Quiero decir que los actos no otorgan ninguna esencia.

Termino acá. Sería muy bueno que charlemos, intercambiamos algunas ideas...

(Aplausos)

No se inhiban...sabemos que hablamos en castellano, ustedes me dicen algunas cosas...

· Participante: –En este momento no sabría que decir pero mientras usted estaba disertando yo hubiera hecho algunas preguntas. Pero ya no está en mi mente todo el recuerdo de lo que usted dijo. Por eso volver a retrotraerme para hacer la pregunta que hubiera tenido que hacer en el momento oportuno y no lo hice porque no lo quise interrumpir...lo felicito por su disertación y además le agradezco mucho su presencia y encantado de haberlo conocido, señor Levy. Le agradezco enormemente.

· Participante: –Le hago una pregunta desde mi absoluta irresponsabilidad (risas), de no ser especialista en el tema, pero si de ser una trabajadora que pretende considerar al ser humano como un ser biopsicosocial y siempre desde el lado de la biología, me cuesta mucho interactuar con analistas que consideran al inconsciente como algo alejado de lo que acontece en los aspectos biológicos del ser humano, entonces no estoy hablando de que yo sea pecadora por lo que sueño

· G.L.: ¡¡Nadie puede haberlo pensado!!

· Participante: –jamás se me hubiera ocurrido que por eso soy también irresponsable. Sueño lo que puedo, lo que saldrá no sé y a gatas si me acuerdo lo que sueño pero siempre queda en mi esa idea de que el inconsciente tiene que ver con los hechos concientes del sujeto y tiene que ver con los efectos biológicos que están aconteciendo, entonces, a mí me da la sensación, a lo mejor, que es nuestro desconocimiento del inconsciente lo que a veces nos hace llegar a decir estas cosas que decimos. A lo mejor es un terreno de... como un agujero negro de nuestro conocimiento, le pregunto...

· G.L.: – ¿Cuál es la pregunta?

· P.: –Y te pregunto si cuando vos decís que no somos responsables de nada del inconsciente...

- G.L.: –¿yo dije eso? Dije todo lo contrario.
- P.: –De que no se puede juzgar la persona, vos dijiste...
- G.L.: –No, yo dije todo lo contrario. Dije que hay una extensión de la cuestión de la responsabilidad al inconciente.
- P.: –y entonces cuando vos decís que sale Barreda fuera de que..., fuera del acto que el cometió...
- G.L.: –Eso es otra cosa. Enfatizaba la idea que surge del psicoanálisis, que un acto modifica al sujeto. Que es lo mismo que decir, Barreda después del acto, ¿es Barreda?
- P.: –y a qué correspondería, en tu criterio, definir la supuesta o no peligrosidad de Barreda.
- G.L.: –No, yo no hablé de peligrosidad, porque podría ser que el que salga después del acto sea de una mansedumbre tal... como se ve, anda por Belgrano, es un dulce señor... sería conveniente escucharlo. Si no lo escucho, no sé. Pero lo que quiero decir, es que el acto modifica el sujeto: entra uno y sale otro. El acto lo cambia o, cuando menos, no es necesariamente el mismo. Entonces, no sé si Barreda es Barreda.

A mí me gustaba...incluso yo pensaba que en esta parte podríamos charlar de cuestiones de actualidad –si ustedes quieren– respecto del mal. Hay muchas cosas que tenía acá pensadas pero bueno, en fin...

- Otro Participante: (inaudible)... un poco cuando hablaste del mito fundacional es cierto que mencionabas solo a Adán, digo, ¿no está un poco agregada la mujer en la tentación...?
- G.L.: –Por supuesto, eso ya merecería un desarrollo... la mujer...por supuesto...La mujer puede ser un nombre del mal. ¡Por supuesto, que sí! El psicoanálisis se ocupa mucho de esa cuestión porque la mujer tiene mucho que ver con eso y, efectivamente, podríamos decir –esto no tienen por qué creerlo, más bien no me crean–... el mal es sexual, pero no en el sentido vulgar del término. ¿Por qué el mal es sexual? Porque el goce es el mal y el goce es sexual, no en el sentido vulgar del término.

Para adelantar algunas cuestiones...un asesino serial... ¿alguien conoce a alguno?, ¿por alguna serie? Tomemos *Dexter*, ¿quién vio *Dexter*? Mi hija da cursos de series (no para decir que mi hija es extraordinaria, pero lo es.....nada que ver) fue la que

me inició, me pervirtió, me hizo entrar en este mundo de las series. Hay una que es la serie con la que empieza los cursos sobre series en el Instituto de Cine y en varios lugares, *Breaking Bad*, ¿la vieron? Está Dexter, Dexter es un forense...

- Participante: -¿No son series distintas?
- G.L.: - Sí, ya sé que son dos series distintas. Dexter es un forense que, a su vez, es un justiciero y es un asesino, entra dentro de lo que se llaman los asesinos seriales, ¿sí? Entonces, ese tipo de goce, esa particular relación a matar es sexual, se puede decir que es un goce. Vamos a decir goce, que es uno de los conceptos más difíciles de transmitir exotéricamente en una reunión de gente lego, legos; tampoco es fácil esotéricamente y, exotéricamente, mucho más difícil. No obstante, ustedes van a tener la intuición de que lo que llamamos goce siempre está vinculado a un exceso, a algo que es excesivo. “Esto no se puede creer”, eso da testimonio de lo que podemos llamar un tipo de satisfacción muy humana, por supuesto, y que es sexual. Mata prostitutas, perfecto...esto sería moralmente aceptable...hoy en día, ¿no? Hasta en nombre del bien se podría... les corta un dedo; luego, dos; después, todo el brazo y una parte del lóbulo temporal izquierdo. Y uno podría decir, ¿y esta desmesura?, ¿a qué cosa se corresponde?, ¿qué es eso?, ¿qué tipo de satisfacción? La cuestión del goce lleva a la enormidad y a un nombre del mal, que es lo monstruoso. El goce es sexual, pero no en el sentido vulgar del término...
- Participante: - Viste que nos fascina el mal...
- G.L.: -Las imágenes
- P : -¿Será por eso que hay casos judiciales, por la televisión que prenden tanto... que se está pendiente de eso, de las muertes, por ejemplo el último caso tan sonado de esta chica...?
- G.L.: -¡¡ Ángeles!!! ¡Uh! vamos a hablar de Ángeles...
- P: -Nos fascina eso porque es impresionante como mantienen a la audiencia día tras día con eso...
- G.L.: -¿Y quién es la audiencia?
- P: -Todos nosotros...
- G.L.: -Todos nosotros pecadores pero lo ve cada uno. Ese es el secreto. La audiencia como audiencia es “el nosotros pecadores”. Después el cada uno puede preguntarse, ¿y esto?, ¿cómo es que me atrae de semejante manera?

· P: –Es tremendo...

· G.L: –Es tremendo, sí. Y lo peor es que este Mangieri. (risas) Yo no sé si la mato o no la mato, es un débil mental, ¿nadie se dio cuenta? Es un débil mental, no tiene...

· P: –Puede ser un asesino igual...

· G.L: –Sí, por supuesto. Yo no sé si la mato o no, si es el asesino o no. Es un débil mental. Este caso nos da bien testimonio de que actualmente se ha objetivado el crimen. ¿Qué quiere decir? Con el avance de la ciencia...por ejemplo, en la Edad Media había un gusto por la sangre, esto era festivo, colgaban al criminal y todos iban. Se ejecutaba en nombre de la ley. Una de las figuras de un cierto momento de la civilización es el verdugo. El verdugo es alguien, que en determinada época, mataba en nombre de la ley. Había una relación al criminal en cada época –al gran criminal-. Éste es un momento de objetivación del crimen en el que más que la cuestión subjetiva está privilegiado la objetivación del crimen como tal. Lo que la ciencia puede constatar, objetivar, son las cuestiones acerca de cómo objetivamente ocurrió; incluso se puede decir que hacen un trabajo riguroso, muy serio. Esa cuestión de la objetivación del crimen tiene mucha importancia porque se va a la cuestión del intento de desobjetivar la cuestión. Al psicoanálisis lo único que le interesa es el sujeto.

Hoy está en pleno auge el *bullyng* ¿Por qué llamarlo *bullying*? Es un término acuñado en relación al acoso escolar. Es un ejercicio del racismo que nos indica bien cuestiones de época. Por ejemplo, –y deténganse en los detalles– hay una violencia contra alguien, que puede ser un débil, una chica linda, siempre es alguien que va a encarnar una diferencia, y atacan en banda. Quiero decir, que lo que se privilegia es la horizontalidad de los lazos. Quizás, sean ecos de la Revolución Francesa... Es un tipo de fraternidad, la horizontalidad de la banda, que agarra a uno en su diferencia y lo destroza. Es en banda; la preferencia de la banda –en el sentido de este lazo fraterno, horizontal– a algún tipo de verticalidad. Por ejemplo la familia, que cada vez se pierde más –y no estoy ensalzando la familia- tiene una lógica.

Otro ejemplo es el utilitarismo actual. Hay un valor de la vida que está perdido y tiene mucho que ver con -cada vez- el desconocimiento de esa deuda contraída con la vida. Esto del valor de la vida es muy importante. Todos iguales, ¿qué significa a nivel del sujeto?

Sí, tiene derecho a las *Nike* y a las carteras de *Louis Vuitton*, tanto uno como otros, lo único que algunos se van a Francia, o si se trata de unas zapatillas *Nike*, a Estados Unidos y el otro va a matar a alguien por una zapatilla *Nike*, porque es igual y tiene derecho a tenerlas. ¿Quién le puede restar tenerlas? Pero es importante como el utilitarismo reduce todo a la mercancía. Habría una proporción que diría: Una *Nike* por una vida; y a ustedes, ¿les parece proporcionado? Pero como mercancía es lo mismo, desde el punto de vista utilitarista. Por eso Lacan cuando empieza a trabajar...Lacan (se interrumpe, risas) toda la cuestión del goce, ¿adónde va a parar? Al utilitarismo. El utilitarismo es un anticipo de lo que iba a ser en cierto momento, en cierto desarrollo del capitalismo, “el para todos”. El corte está establecido en la Revolución Francesa. ¿Qué dice la Revolución Francesa?

· Público: – Igualdad, libertad...

· G. L.: – ¡Uyy!... la libertad...bueno...dejémoslo ahí. Perdónenme que abuse del uso de la palabra...

· X: –Yo lo escuché hablar de esto de la culpa y hace un mes leí una frase que tal vez ahora cuando la repita, la repita mal...

· G.L. –No importa, estamos en una reunión sobre el mal....

· X: –Decía: “se siente culpable quien ha cedido en su deseo...”, yo la recuerdo así y me dio vuelta porque esto de ceder en su deseo...por eso digo, tal vez yo la transformé no es así la frase...

· G.L.: –Es así la frase. Es una de las famosas frases lacanianas

· X: –Al principio dije, ¡Uyy, qué interesante! Pero después, dije qué ambigua que es... porque ceder en su deseo, ¿qué implica?, ¿no? Entonces, se lo quiero preguntar a usted porque yo no soy psicoanalista, pero me llamó la atención esa frase y, hablando usted de eso, me parece que guarda relación con...

· G.L.: –A ver, ¿cuál es la versión de la frase que usted tiene para ver si...? ¿Cómo es la versión suya? Dígame.

· X: –No, al principio claro...el que no sigue su deseo se siente culpable

· G.L.: –Más culpable...

· X: – Pero no...también el que sigue su deseo se siente culpable...

· G.L.: –Extraordinario, extraordinario, extraordinario. ¿Cuál es tu nombre?

· X: –Pablo

· Coordinadora: – es el que va a dar la próxima conferencia...

· G.L.: –Vos vas a dar la próxima conferencia... ¡Extraordinario! Percibir eso es completamente lacaniano, percibir eso es extraordinario. Te digo, no todos los psicoanalistas lo perciben...

· (Risas)

Es extraordinario. Es exactamente así, es lo que podemos llamar el terreno paradójal del deseo. Te podría explicar tanto como que... mayor culpa el que cede en su deseo o también hay una dimensión de la culpa relativa a aquel que tiene un coraje. El término que va con el deseo es coraje. El deseo no es nada, es un movimiento, es un coraje. El deseo no es lo deseable. Dentro de la dimensión de lo deseable: la 4x4, la casa en el country, etc. Todo muy actual, ¿no? Bueno, la corrupción, el mal...

Voy a dejar algunas definiciones. Cada sujeto es responsable por el goce, es decir, por el mal y culpable del deseo. No todo deseo es malévol, aunque hay deseos que conllevan la aceptación del mal. Sí, efectivamente, es cierto que si es culpable del deseo todo sujeto que tenga un cierto coraje respecto de dejarse llevar por una causa y no cede a los deberes morales, es no ceder en su deseo. Es un invento porque, en general, ¿qué hacemos? Nos normalizamos. Ceder en el deseo significa, siempre la opción para cualquier sujeto, es lo que hace por deber o lo que hace por deseo, con la condición que el deber está muy estipulado en relación a la moral que impera y, el deseo, no. El deseo es un invento. Es lo mismo que digamos: “bueno, a ver, mi deseo... ¿qué quiero?” Y lo que se llama el gran Otro – ¡Válgame Dios, va de retro! – le devuelve la pregunta, “¿qué quieres?”

“Que quiero” y el Otro dice, “¿qué quieres?”. Una de las maneras de sacarse por completo el problema de la cuestión del deseo –ustedes vieron que siempre una apelación al Otro, es invocante –va a invocar la respuesta del Otro; es decir, “¿qué quiero?”. No hay Otro que le vaya a responder; entonces, el Otro responde “¿qué quieres?” Una de las maneras de sacarse de encima la cuestión del deseo es hacerse cómplice de otro, que le responda cualquier cosa, y éste diga, entonces, “Bueno, este es mi deseo”.

Es tan cierto que es culpable en el sentido del coraje y de no ceder; con mayor sentimiento de culpa cuando se cede porque podríamos decir –paradójalmente, cosa que nadie pesca, Pablo lo pesca bien– es culpable de ceder pero esa ya es otra dimensión de la culpa. Para decirlo más precisamente, mayor sentimiento

inconciente de culpa al ceder en su deseo y más culpable cuando se asume. Porque el deseo no es nada, no se sabe qué es, un movimiento que comporta un invento respecto de la existencia que nadie se anima... todos más bien nos acomodamos a la vida burguesa, a las normas, etc. Y hay gente que prefiere otra cosa, que sé yo... Es muy pertinente la pregunta. Para dejar algo: todo sujeto es responsable por el goce y culpable por el deseo ¿Qué quiere decir responsable por el goce? Por el mal que nos habita.

Cuanto más pretendemos pasar por buenos, más irresponsables. Cuanto más aceptamos la maldad que hay en uno y la del otro, más responsables. Y la aceptación de la existencia de la maldad es el fundamento de los textos mayores respecto de esta cuestión en Freud, *El malestar en la cultura*, y en Lacan, el Seminario *La ética del psicoanálisis*.

Yo estoy completamente de acuerdo, es algo que me ha enseñado porque es la dimensión paradójica; exactamente, en ambos sentidos, se puede hablar de una dimensión de la culpa.

· Participante: –Bueno, muchas gracias.

· G.L.: –No, por favor...

· Participante: –La verdad que son varias las cuestiones que has provocado, al menos en mí, voy a tratar de situar... Tres preguntas te quiero hacer; cuando planteaste la expresión, “nadie se dio cuenta que es un débil mental”, la pregunta es si para vos la cuestión de la responsabilidad y la culpabilidad se juegan en determinadas estructuras clínicas...

· G.L.: –No, no. La responsabilidad no tiene que ver con las estructuras clínicas.

Todo sujeto es responsable. Por ejemplo, tomemos la psicosis: todo sujeto que va a parar a una clínica psiquiátrica, ¿es responsable?

· Participante:- Sí

· G.L.: –Pese a que civilmente puede no ser responsable, muchos enfermos pierden sus derechos civiles, de modo que uno puede decir, ¿qué responsabilidad hay? Hay una. Todo aquel que va a parar, por ejemplo, a un encierro psiquiátrico es completamente responsable, sino pese a que esté loco, psicótico, etc., resiste a estigmatizarse, a perder sus derechos, etc. La responsabilidad no tiene que ver con las estructuras clínicas, es una cuestión universal. La psicosis tiene una función respecto de la culpabilidad fundamental, que no voy a poder desarrollar hoy, pero es muy importante.

· Participante: –Y te quería preguntar por ahí en el comentario así...me parecía que podía deslizarse a la suposición de que en la debilidad mental podía no haber responsabilidad o culpabilidad.

· G.L.: –No, sí, sí, nada que ver...es muy importante la cuestión de la acusación en la psicosis. Tomemos el caso de un delirio cualquiera: alguien puede alucinar que escucha por la radio que es acusada de tal cosa, por ejemplo, de criminal. Entonces, el psicótico, ¿qué dice? Si me acusan de criminal, lo soy. Pero la estructura de acusación, tribunal y responsabilidad está, en un sentido, como proviniendo de otro lado que no es el sujeto.

· Participante: –La otra cuestión es que cuando vos utilizas esto del uno por uno, si para vos en esa cuestión del uno por uno concebido desde el psicoanálisis no incluye estructuralmente al otro

· G. L.: –Sí, al otro sí, a los otros...Uno de los fundamentos del obrar mal es la existencia de los otros y de los cuerpos. Y sino, el nazismo, ¿cómo lo podemos pensar si no hubiera algo real que son los cuerpos? Después, uno puede pensar qué hace el nazismo con los cuerpos, qué relación tiene...es algo que vamos a decir así... cuando las matanzas son en ese extremo, ya eso pertenece al terreno de la política: el mal y la política. Es toda una cuestión. Pero es porque existen los cuerpos y porque existen los otros que el mal es posible de ser ejercido. ¿Qué dice el psicoanálisis? Hay goce porque hay otro hay otros, porque hay otros hay goce.

· Participante: –Me parece importantísimo aclarar esta cuestión respecto de que el uno por uno en psicoanálisis implica al otro

· G.L.: – Completamente, por eso lo que el hombre le hace al hombre, “el hombre es el lobo del hombre”.

· Participante: –¿Y le das algún lugar o tenés alguna conceptualización respecto de lo espiritual en tu caso como analista y en esto que estas ubicando del mal, recién?

· G. L.: –¿De lo espiritual? ¿Cuál sería tu idea de lo espiritual?

· Participante: –Justamente cuando tomaste, idea no, obviamente es una pregunta que comparto... pero cuando planteaste esto de los tres millones de jóvenes en Copacabana creo...y bueno, que creo que es un fenómeno a considerar...

· G. L.: –Hay algunas cositas más que no quiero decir porque tengo miedo...

· (Risas)

· X: –Mirá, lo que estoy diciendo yo y la estoy (inaudible) creo que hay una cuestión respecto de la dimensión de los sentimientos, de las emociones, del afecto –digamos– en términos del psicoanálisis que, al menos es lo que a mi me permite pensar lo que es en otros aspectos, lo que se puede nombrar como espiritual, que no se introducen habitualmente en los desarrollos como para pensar que hay algo de la dimensión de un nosotros que posibilite , no un fenómeno de masas digamos, pero que de la cuestión de los sentimientos, de las emociones, las impresiones, del afecto posibilitaría cierta ligazón colectiva que no borre el uno por uno...

· G. L.: –Hay muchas cuestiones: el afecto no es el espíritu, es la angustia. La angustia tiene nombres. Lo que se puede traducir por angustia, en el lugar del espíritu lo que liga –por lo menos desde Freud– es el amor. Y después, eso trae una serie de paradojas porque en nombre del amor, bueno, hay muchas cosas... Pero no es tanto el espíritu como el amor. Y es en nombre del bien, del amor, que el Papa les dice: “Vayan a evangelizar...” ¿Qué quiere decir “vayan a evangelizar”? ¿Ustedes tienen noción de lo que implica “Iglesias de pobres para pobres”? Vayan y evangelicen... O tomemos otro caso de fraternidad –no les va a gustar, acá va a haber lío...

(Risas)

“Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”. Ahora bien, ¿y si el otro peronista es un hijo de puta, es un criminal... para un peronista...? porque sitúa bien las cosas.

Por eso les decía que en vez de *Bullyng*, esa fraternidad es un mero y vulgar ejercicio del racismo que tiene una estructura muy particular. La identificación en un lazo horizontal y la eliminación de la dimensión encarnada de la diferencia.

Porque no se trata de Bergoglio, se trata de la Iglesia. No de Bergoglio, su persona. La Iglesia es un aparato de domesticación, fundamentalmente, a partir de producir sentido; un sentido cristalizado que no puede ser puesto en cuestión. Un creyente no tiene la opción de poner en cuestión el sentido de la Iglesia, sea el que fuere, en cada momento. Lo fundamental es esa cristalización del sentido y es un ejercicio que, mediante la cristalización del sentido, es un aparato de domesticación, la Iglesia como tal. Después Bergoglio... Y, aparte... en Copacabana, estar escuchando al Papa... ¡¡déjense de joder!!

· (Risas)

· Participante: – ¿La Iglesia o la religión?, la religión en general...

· G. L.: –Sí, la religión, exactamente.

· Participante: –Una cosita le quería preguntar, cuando hablabas sobre el pecado, falta, verdad, una cosita que yo no escuché es la mentira, la llamada mentira no la nombraste, la asocio mucho con toda esta cuestión del mal, la mentira, ¿no?

· G.L.: –Es que no hay otra cosa que la mentira. No hay otra cosa. La mentira es lo social. Otra cosa es la instrumentación política de la mentira, por eso, la cuestión no es el poder sino quien lo detenta.

Bueno, pero yo quería terminar con una cosa: me quería dar el gusto de dar el contraejemplo para que tengan alguna idea de a dónde voy a parar. Freud en un trabajo que se llama “Los de excepción” quiere decir, cualquier sujeto que se pretenda una excepción que los hay, los hay y muchos, incluso psicoanalistas los hay, ¿sí? Y a carradas, ¿sí?–, Freud va a tomar el ejemplo de Shakespeare, de la *Vida y muerte del Rey Ricardo III*, ¿ustedes saben quien era Ricardo III? ¿Por qué lo llamaban el jabalí?

· X: – porque era deforme...

· G.L.: –Ricardo III era deforme, había nacido contrahecho. Lo llamaban el jabalí. Freud toma para dar un ejemplo de aquellos que en la vida se pretenden excepción, a Gloucester, que es el personaje que a la sazón después va a ser coronado Ricardo III, o sea, un jabalí, un contrahecho; como quien dice, “lo que natura non da...” Yo no estoy muy conforme tampoco con natura... (risas) Pero bueno, no soy una excepción, ¿no?

Les leo porque si no, no tiene mucho...tienen que tener el hueso de la cuestión para ver, dice:

“Pero yo, que no he sido hecho para los juegos placenteros ni formado para poder admirarme en un espejo, yo, cuyas rudas facciones no pueden reflejar las gracias del amor ante una ninfa inactiva y diáfana, yo, a quien la caprichosa naturaleza ha negado las bellas proporciones y los nobles rasgos y a quien ha enviado antes de tiempo al mundo de los vivos...”

¿Qué significa enviado “al mundo de los vivos”? “Lo abandonáis a la vida...” Cayó al mundo de los vivos,

“deforme, incompleto, bosquejado apenas” y, hasta tal punto contrahecho y desgraciado, que los perros me ladran cuando me encuentran a su paso.., sino puedo ser amante ni tomar parte de esos placeres, de estos bellos días de felicidad he determinarme a ser un malvado y a odiar con toda mi alma esos goces frívolos...”

¿Me siguen? Muy bien, ¿qué dice Freud? Lo hace hablar a Ricardo: “la naturaleza a cometido conmigo una grave injusticia negándome una figura agradable que conquiste el amor de los demás” Vieron que se había determinado a ser un malvado y “a odiar con todo mi alma los goces frívolos“. Después dice: “asesinaré, mataré” y haré lo que se me cante el culo –como se dice en castellano. La naturaleza ha cometido conmigo una grave injusticia negándome una figura agradable que conquiste el amor de los demás, así pues, la vida me debe una compensación que yo me procuraré, tengo derecho a considerarme una excepción y superar los escrúpulos..”

“La vida me debe”. El ejemplo figura bien cualquier caso de aquel que se pusiera en una posición más que de deudor, de acreedor respecto de la vida. Es el ejemplo inverso. O sea, una excepción y la posición acreedora que comporta.

La compensación es un nombre del goce. Compensar, ¿qué? Yo voy a gozar de lo que se me cante el culo, de mi criminalidad, como una manera de compensar lo que la vida no me dio, y dado que soy acreedor. ¿Y sobre quién se ejerce esa compensación? Sobre los otros. O sea, el obrar mal, la malevolencia, la maldad, etcétera.

Esto es lo que quería demostrarles: toda posición de “yo no pedí nacer”, “no le debo nada a nadie”, cualquier versión respecto de la excepción y una posición acreedora respecto de la vida, se toma como argumento para justificar el obrar malévolos, la criminalidad. Por lo tanto, tenemos que decir para el caso inverso: a mayor aceptación de una deuda y una culpabilidad que no hemos contraído, pero aceptamos que en la vida misma está, –tenemos que deducir– en una proporción inversa, menos criminalidad.

· X: –Por eso se dice que las cárceles están llenas de inocentes porque es por la relación que no tienen a la culpa que pueden delinquir.

G.L.: –Exactamente.

¿Hay alguna otra intervención? Agradezco mucho sus comentarios, especialmente me alegro les haya gustado, que no se hayan aburrido y bueno vayan, obren mal, cualquiera que quiera puede brindar en Copacabana... (Aplausos)

